

MALIANDI, Ricardo. **Dejar la posmodernidad. La ética frente al irracionalismo actual.** Buenos Aires, Almagesto, 1993.

El libro del Dr. Ricardo Maliandi, recientemente publicado por la editorial Almagesto, se presenta con el provocativo título que insta a *Dejar la posmodernidad*. El mismo se inscribe en una línea de investigación y reflexión que revela una irreductible búsqueda racional de respuesta para los problemas que nuestro tiempo plantea, y que tiene sus antecedentes en otros trabajos del autor: *Cultura y conflicto* (Buenos Aires, Biblos, 1984), *Ética: conceptos y problemas* (Buenos Aires, Biblos, 1991), *Transformación y síntesis* (Buenos Aires, Almagesto, 1991).

En el volumen que ahora comentamos el autor se propone «defender tabúes como la razón, la universalidad, el consenso» frente a los anuncios de una serie de agonías que acompañan al fin del milenio: agonía de la razón, de lo universal, de la ética, del progreso, de la historia, del consenso, en fin, de la *modernidad*. Sin embargo, agonía significa originariamente lucha, y tal vez en este caso se trate de una agonía que no conduce necesariamente a la muerte. Como sea, la modernidad viene dando mucho de qué hablar.

El libro está conformado por tres capítulos. En el primero acerca de «El reduccionismo posmodernista», se contraponen la imagen que la posmodernidad se hace de la modernidad y, a su vez, la imagen moderna de la posmodernidad, con el propósito de señalar las características del «ethos irracionalista» del posmodernismo. En este sentido la ética posmoderna se muestra exangüe, débil, indefensa; el bien y el valor son reemplazados por el signo; lo real por el simulacro; la semejanza por la simulación; el sacrificio por la simultaneidad. Se afirma la imposibilidad de fundamentar racionalmente la

ética y se excluye toda posibilidad de normatividad. Y aunque se deba admitir que es necesario combatir el logocentrismo, pues es una forma de reduccionismo, constituye un error el «pretender superar un reduccionismo con el reduccionismo opuesto» (p. 43).

La resistencia a la universalidad, propia del ethos posmoderno, es un esfuerzo por pensar la *diferencia*. Ahora bien, en la perspectiva del autor, la razón es a su vez fundamentación y crítica, y si bien en la dimensión fundamentadora, la *diferencia* es poco comfortable para la razón, no sucede lo mismo en la dimensión crítica. Prescindir de ambas -tal el recurso posmoderno- implica caer en un irracionalismo que, de entrada, considera insoluble la crisis contemporánea.

El segundo capítulo, en el que vale la pena detenerse, encara «La tesis universalista de la razón, con especial referencia a la ética». Vale la pena detenerse pues el autor se propone ampliar el concepto de razón, atendiendo, por una parte, al carácter dialógico de la razón, tarea ya iniciada por la pragmática trascendental; e intentando, por otra parte, la reconstrucción de la relación intrínseca entre razón y conflictividad. El punto de partida se encuentra en el reconocimiento de la doble estructura (proposicional - performativa) de todo acto de habla. Esto es que la comunicación entre sujetos se da, al mismo tiempo, en el plano de los objetos sobre los que se ponen de acuerdo y en el plano de la intersubjetividad, donde se juegan los modos de comunicación y las pretensiones de validez. De modo que una contradicción performativa hace que el plano proposicional quede borrado. La pretensión de universalidad es irreductible.

Afirmar que la razón es dialógica implica no desconocer el *carácter crítico* del diálogo y supone la posibilidad de alcanzar el acuerdo, aun cuando el *disenso* constituye una instancia desde la cual es dable reconocer la *conflictividad*. La razón, entonces, avanza según distintas marchas. En la primera (RI) lo que importa es «dar razones», fundamentar. Aquí funciona la razón lógico-matemática y técnico-instrumental, que mide relaciones medio/ fin y rechaza el conflicto. No es democrática sino autoritaria. Pero el autoritarismo es irracional. Se hace necesario avanzar hacia la segunda marcha (RII). Ella contiene la exigencia de crítica, de multiplicidad y cambio, así como el reconocimiento de la inevitabilidad del conflicto, del plexo conflictivo (a la vez diacrónico y sincrónico). Se trata, sin embargo, de una contraposición dialécticamente superable. Esta es la tarea de la tercera marcha (RIII) de la razón. La cual consiste en comprender que «tan arbitrario

es negar la identidad como la diferencia: *ambas* tienen que ser afirmadas, aunque haya una perpetua tensión entre ellas» (p. 77).

RII exige la tematización de la conflictividad. Apel y Habermas tienen conciencia de ello, pero yerran al concebirla como un estado de anormalidad. Para Maliandi no se trata de conflictos de intereses o accidentales, sino que las contradicciones presentes en la estructura conflictiva básica constituyen las condiciones de posibilidad de los conflictos empíricos. Son, por tanto, categorizables; es decir, constituyen el a *priori* de la conflictividad.

La tematización de la conflictividad permite, según el autor, sostener un universalismo ético no reduccionista. El salto de RII a RIII permite pasar de la perspectiva de estar en conflicto a la de *tener* un conflicto. Su superación implica una acción moral sustentada en el reconocimiento, exento de rigorismos y reduccionismos, de los cuatro principios que integran el plexo conflictivo: realización, conservación, universalización e individualización. Ello conduce a la formulación de un "metaprincipio de maximación de la armonía entre los principios cardinales». Permite, según juzga el autor, dar «un paso importante en la dirección conducente a mostrar cómo la conflictividad tiene que ser tenida en cuenta en la *fundamentación* de la ética» (p. 131).

En el "Pararrayos», denominación que Maliandi da al prefacio (a partir de un aforismo de Lichtenberg), expresa su voluntad de no inmunizarse contra la crítica. Al contrario, como el pararrayos, busca atraerla y absorberla, en la convicción de la urgente necesidad del diálogo crítico. En esto consiste, precisamente, el tercer capítulo titulado «La Universalidad cuestionada y rehabilitada»). Responde allí a algunas críticas suscitadas por las tesis expuestas en el segundo capítulo, insistiendo en la necesidad de rehabilitar la universalidad frente a los intentos posmodernos de disolverla. Destacamos, entre otros, los siguientes puntos: - La propuesta de transformación de la ética discursiva no tiene que ser incompatible con una perspectiva deontológica. Los cuatro principios exigen observancia, pero esta no puede ser total, lo razonable consiste en evitar los extremos (*phronesis*). La ética, sin embargo, no puede reducirse a una teoría de las virtudes, porque no satisfaría la exigencia de fundamentación. Los criterios de acción residen en los principios que legitiman las normas situacionales, a pesar del a *priori* de la conflictividad que los mantiene en tensión. Entonces, la crítica a la ética discursiva tiene que hacerse por medio de una reflexión pragmático-trascendental.

- El a *priori* de la conflictividad es el punto de convergencia de las dimensiones de la razón: fundamentación y conflicto. Tal convergencia

permite salir -según el autor- del callejón sin salida de la posmodernidad, que insiste en la inconmensurabilidad.

- El énfasis en la *diferencia* del pathos posmoderno ayuda a descubrir las estructuras conflictiva e inmuniza contra los reduccionismos unilaterales, en los que está ausente la visión de la conflictividad.

- La diferencia puede pensarse adecuadamente cuando se reconoce su relación con la universalidad. La aspiración de universalidad tiene que estar presupuesta como un desideratum racional irreductible, pues es la condición de posibilidad del intercambio de argumentos. Las grandes estructuras conflictivas se entrecruzan en su doble referencia a la universalidad: lo que tiene de presupuesto y lo que tiene de aspiración o telos.

- El *pathos* irracionalista es un esfuerzo por asumir una presunta insolubilidad de todo conflicto. "Pero -nos dice Maliandi- va siendo hora de aprender a discernir entre los diversos conflictos y entre las posibles líneas de acción entre ellos. Va siendo hora, pues, de rehabilitar la racionalidad (y la universalidad), llámesela o no 'moderna', Y va siendo hora, sobre todo, de dejar la posmodernidad» (p. 210).

El libro nos deja un desafío, que consideramos ineludible, el de profundizar la crítica para avanzar en el ámbito de la razón práctica.

*Adriana Arpini*